José D'Araujo

LA MUJER

DEBE SEGUIR AL MARIDO.

LA MUJER

DEBE SEGUIR AL MARIDO.

COMEDIA EN UN ACTO, ARREGLADA

POR

DON JOSÉ D'ARAUJO.

Estrenada en el teatro de Variedades, el 15 de Mayo de 1862.



MADRID:
Imprenta de la Señora Viuda é Hijos de Don José Cuesta,
calle del Factor, núm. 14.

1862.

PERSONAJES.	AGTORES.
MATILDE..................	DOÑA EMILIA SANZ.
CARLOTA..................	JAVIERA ESPEJO.
RAMIRO....................	DON EMILIO MARIO.
ORDOÑO....................	JORGÉ PARDIÑAS.
SEBASTIAN, periodista.......	JOSÉ MAZA.
UNA CRIADA...............	SRA. CÁRABES.

La accion en la actualidad, en Madrid.

La propiedad de esta comedia, pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asímismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de *Don Francisco Rubio*, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representación en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante. Puerta en el fondo y laterales. A la derecha una chimenea. Una mesa á la izquierda. Un velador. Un cesto de costura.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO, MATILDE, ORDOÑO.

(Al levantarse el telon Matilde y Ramiro están á la mesa acabando de almorzar. Una criada está de pié cerca de ellos.)

MATIL. (Con impaciencia.) Hijo mio, eres insoportable. (Tira la servilleta y se levanta.) Llévese usted eso. (A la criada.)

RAMIRO. Permíteme... Aun no he acabado...

MATIL. En verdad, parece que tienes gusto en contrariarme...

RAMIRO. No, hija, te equivocas; lejos de mi...

MATIL. Sí, me fastidias... pero te digo que esto debe acabar...

ORDOÑO. Como es eso!... (Que sale y oye las últimas palabras.) Una disputa conyugal!... (A Matilde.) Señora!...

RAMIRO. Hola, Ordoño!... Déjame tomar el café. (Bebe.)

MATIL. Es Ramiro... su amigo de usted que me hace rabiar.

RAMIRO. Yo! lejos de mí!... Te hago juez... Espera un poco. (Menea el azúcar de su taza y bebe.)

MATIL. Volvemos á las andadas? Ten consideracion! (A Ordoño.) Y Carlota?

ORDOÑO. Mi mujer?... La verá usted al momento; debe venir á buscarme.

713121

RAMIRO. (Levantándose.) El caso es que yo pretendo... Ah!... me olvidaba del coñac!

ORDOÑO. Vamos á ver: que pretendes, enreda pleitos?

MATIL. Siempre lo mismo!... Que la felicidad de un matrimonio está en los artículos de la ley: que la única norma de los esposos es la ley... y la ley por activo... y la ley por pasivo... y siempre la ley!

RAMIRO. (Comiéndose un terron de azúcar). Sí, señora... digo que... (A Ordoño.) Quieres un terroncito?

ORDOÑO. No. (La criada se lleva la mesa.)

RAMIRO. (A Ordoño siguiendo mascando el terron.) Digo y sostengo... Digo que los verdaderos elementos de la felicidad conyugal están encerrados en la ley; en el artículo... de los respectivos deberes de los esposos... que la sabiduría del legislador...

MATIL. Bah! La sabiduría del legislador!....

RAMIRO. Yo añado que la mujer que está bien penetrada del espíritu de la ley...

MATIL. Dale! pero si yo no conozco la ley!

RAMIRO. No la conoces?

MATIL. Yo no he estudiado derecho como tú.

ORDOÑO. Es cierto: tú eres un buen abogado; tienes obligacion de conocer la ley; pero tu mujer...

RAMIRO. Pero mi mujer! Mi mujer está casada... ha ido á la Vicaría...

MATIL. Y que?

RAMIRO. Te han dicho tus obligaciones.

MATIL. Quién?

RAMIRO. El señor cura. Se me figura que aun le estoy viendo... una noble cabeza de anciano... nariz aguileña...

MATIL. Bah! si crees que he escuchado á tu noble cabeza de anciano...

RAMIRO. Como! No has escuchado al señor cura? (A Ordoño.) Aquí tienes lo que son las mujeres. Un cura se pone sus ornamentos, se suena, tose y ahueca la voz para que las mujeres no le escuchen... (A Matilde.) En que pensaba usted entonces, señora?

MATIL. Pensaba... en otra cosa!

RAMIRO. Bien!... muy bien!

MATIL. ¿Acaso crees que en un dia de casamiento pensamos en el cura? Además, me pinchaba un alfiler...

RAMIRO. Mejor que mejor! (Que ha tomado un libro de encima de la mesa.) Una vez que el alfiler te ha impedido el oir la ley... la leerás.

MATIL. Qué es esto?

RAMIRO. Un manual que te presto mientras te compro uno con canto dorado.

MATIL. Bah! ya es demasiado! (Le dá un revés en la mano que hace saltar el libro, y se va á sentar junto á la mesa de la costura.)

ORDOÑO. (A Ramiro que ha cogido el libro.) Vamos, Ramiro... deja en paz á tu mujer. (Bajo.) Aléjala: necesito hablarte.

RAMIRO. Es urgente?

ORDOÑO. Urgente y grave.

RAMIRO. Espera un momento. (A Matilde.) Una vez que usted se niega á leer la ley, yo se la recitaré á usted... porque yo la he escuchado... y la sé de memoria... Como no tenia alfileres!... (Leyendo.) «De los respectivos derechos y deberes de los esposos.»

MATIL. Por Dios te pido que no me molestes mas.

ORDOÑO. Ramiro!...

RAMIRO. Déjame. (Leyendo.) «De los respectivos deberes de los esposos...»

MATIL. Me voy, porque serás capaz de ponerme mala. Eres el marido mas posma que he conocido. (Vase.)

ESCENA II.

ORDOÑO, RAMIRO.

RAMIRO. Bravo! Estaba seguro que la haria marcharse. Hagamos una señal en el punto de los respectivos deberes... y pongamos el libro en su cesto de costura. (Pone el libro en el cesto.) Vamos... tienes que hablarme? de que se trata?

ORDOÑO. De un favor que vengo á pedirte.

RAMIRO. Un favor! necesitas dinero?

ORDOÑO. No es eso. La ciencia me produce una buena renta.

Es un paseo... un simple paseo que tienes que dar por mí.

RAMIRO. Me viene de perilla; no sabia en que emplear el dia.

ORDOÑO. Escúchame. Tú sabes que amo á Carlota á pesar de ser mi mujer.

RAMIRO. Naturalmente.

ORDOÑO. Que adoro en ella.

RAMIRO. Naturalmente.

ORDOÑO. Sin embargo, la engaño!

RAMIRO. Naturalm... Como! Engañas á tu mujer?

ORDOÑO. Chits!... mas bajo!

RAMIRO. (Con alegría.) Calle!... Hipócrita!... ¡Que callado lo tenias!... Cuenta, cuenta.

ORDOÑO. Un estravío... un momento de olvido... Ha sido este verano... mi mujer estaba en los baños... en San Sebastian...

RAMIRO. Sí, y tú en Madrid. Cáspita!... la ocasion!... ¡tu eres sensible!... Ah, tunante!

ORDOÑO. Vamos, Ramiro... lo que te cuento es muy sério...

RAMIRO. Vamos... ya te escucho... ¿ó quieres que te predique un sermon de moral?

ORDOÑO. Es inutil... me lo he predicado á mí mismo... y la prueba... es que estoy resuelto á no volver á casa de Mercedes.

RAMIRO. Ah! se llama?...

ORDOÑO. Sí.

RAMIRO. Dí... es guapa? (Señal afirmativa de Ordoño.) Morena? (Sonrisa afirmativa.) Una costurera?

ORDOÑO. Mejor que eso! Una discípula del Conservatorio.

RAMIRO. Una artista!... De qué genero?

ORDOÑO. De todos! Una joven encantadora, amigo mio... muy delicada y previsora... Mira. (Enseñándole el baston.)

RAMIRO. Un junco muy elegante. No te lo habia visto.

ORDOÑO. Es un regalo de Merceditas... Generalmente no me gusta recibir regalos de mujeres... pero este ha sido hecho de una manera tan delicada que me ha sido imposible rehusar.

RAMIRO. De veras?

ORDOÑO. Fué ayer... estábamos en su gabinete... un verdadero santuario, chico... con una media luz llena de encanto y misterio...

RAMIRO. Oh! Cállate, cállate!

ORDOÑO. Me levanto... voy á cojer mi baston al rincon de la chimenea donde solia ponerlo, y veo este al lado del mio.

RAMIRO. Hum! hum! me escamo!

ORDOÑO. Al pronto hice lo mismo que tú... creí que me engañaba. Pero Merceditas todo me la esplicó. La pobre le disgustaba verme con mi baston... ya te acuerdas... una caña con puño de oro... un verdadero baston de médico; y no sabiendo como ofrecerme este, tuvo la ocurrencia de colocarlo en el sitio habitual á fin de que á la salida pusiese mi mano sobre él.

RAMIRO. Bravo!... Es delicado en efecto...

ORDOÑO. Verdad que sí? Te lo repito, es una mujer adorable!... por lo que no te oculto lo mucho que me cuesta romper con ella.

RAMIRO. Estás decidido?...

ORDOÑO. Sin vacilar. Le escribí ayer... creí ya todo terminado, cuando al entrar en el Casino recibí una esquelita en la que me dice que si no voy á su casa hoy á las dos, pondrá todo en conocimiento de mi mujer.

RAMIRO. Cáspita!... esto se complica!

ORDOÑO. La conozco bien: es muy capaz de hacerlo... tiene una cabeza viva... ardiente!...

RAMIRO. Andaluza?

ORDOÑO. De Valencia. Comprendes ahora mi situacion?

RAMIRO. Sí, sí, sí, sí... es menester ir allá en seguida.

ORDOÑO. Imposible!... Además me he jurado á mí mismo no volver á poner los piés en su casa.

RAMIRO. Comprendo... El gabinete azul... la media luz misteriosa!...

ORDOÑO. Otra razon; estoy comprometido á llevar á mi mujer á las Calatravas; pero confío que tú...

RAMIRO. El qué?

ORDOÑO. Irás á casa de Mercedes; le hablarás... le harás comprender la razon... Te niegas?

RAMIRO. Yo?... ni por pienso!... una visita á una joven bonita me conviene... Es verdad... que le digo?

ORDOÑO. Todo lo que tu quieras para esplicarla mi ausencia.

RAMIRO. Le diré que has muerto.

ORDOÑO. Hombre, eso no! son malas bromas! Dile que he salido de Madrid... que he ido á Francia.., á Italia...

RAMIRO. A Roma! esta ciudad quizás le inspire la idea de ir á verte.

ORDOÑO. Sea. Por otro lado, como no quiero quedar en descubierto para con ella, le entregarás esto. (Le da un estuche.)

RAMIRO. Un estuche!

ORDOÑO. Una pulsera... que acabará de consolarla, estoy seguro. Vaya, no perdamos tiempo, vete á vestirte.

RAMIRO. Voy. Ah! las señas?

ORDOÑO. Están en el estuche.

RAMIRO. (Abre el estuche y lee una targeta.) Bravísimo! Una corona de duquesa. «A la señorita doña Meredes Pamplina.» (Admirado.) Pamplina!

ORDOÑO. Es su apellido de familia.

MATIL. (Saliendo.) Ordoño... aquí tiene usted á su señora.

CARL. Hola! Señores!...

ORDOÑO. Chist!... mi mujer! (A Ramiro.)

RAMIRO. Señora... (Cerrando el estuche que se mete en el bolsillo.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, MATILDE, CARLOTA.

MATIL. Dios mio, que elegante vienes! á donde vas?

CARL. Qué! no te lo ha dicho mi marido? Vamos á las Calatravas; hay gran funcion: quieres venir?

MATIL. No; no estoy vestida. Además, mi señor marido ha tenido la habilidad de escitarme los nervios; no tengo necesidad de mas música.

CARL. De veras? Mal génio. (A Ramiro.) Luego me lo contarás. (A Matilde.)

MATIL. Cuando salgas de la iglesia ven á comer con nosotros.

CARL. Con mucho gusto.

RAMIRO. Bravo! (A Ordoño.) Te podré decir el resultado de mi visita.

CARL. Apropósito: vamos mañana á la Zarzuela?

MATIL. No podremos: no hay ningun palco de venta; pero mi marido ha escrito á Sebastian pidiéndole que haga el favor de venir hoy á casa.

CARL. A Sebastian! el periodista que he visto aquí algunas veces?

MATIL. Un joven muy guapo... escesivamente amable... Es amigo del empresario, y espero que por su mediacion...

CARL. No lo olvides. Me muero por los estrenos... sobre todo cuando hacen fiasco.

MATIL. Mal corazon!

CARL. Es una estravagancia. Vamos, Ordoño: ya es la una.

ORDOÑO. (A Ramiro.) La una!

RAMIRO. Voy á ponerme el gaban y salgo corriendo.

MATIL. Con que, hasta luego.

CARL. Adios. Vamos, Ordoño.

ORDOÑO. Cuando gustes. (Vanse.)

RAMIRO. (A Matilde.) Le he puesto una señal...

MATIL. A qué?

RAMIRO. (Señalando el cesto.) Al capítulo de los esposos.

MATIL. Qué fastidoso eres!

RAMIRO. Tiene una señal. (Vase.)

ESCENA IV.

MATILDE.

Que hombre tan testarudo! (Se sienta á la mesa, coje la costura y se encuentra el libro; lo toma.) Calle!... ha tenido necesidad de meter su manual en el cesto: mientras yo no lo lea, no me dejará en paz. (Lo abre á la casualidad.) Una lectura tan interesante!... un estilo tan brillante!... Que delicioso! (Leyendo.) Vamos á ver su famoso capítulo de los esposos. «La mujer debe... La mujer debe...» Jesus! cuanto debemos á estos señores! «La mujer debe...» Aun mas! «Vivir con su marido y seguirle á todas

partes.» A todas partes, sí; escepto á los sitios á donde les conviene ir solos... al Casino... á los teatros... á los bailes... (Sigue leyendo: Ramiro entra con levita y guantes blancos, con el gaban en el brazo y el sombrero en la mano.)

ESCENA V.

RAMIRO, MATILDE.

RAMIRO. Bravo! Estás leyendo el capítulo de los esposos?

MATIL. (Tirando el libro.) Te equivocas; iba á bordar.

RAMIRO. (Lo leia!) (Mirándose al espejo.) Voy bien.

MATIL. Calle!... Vas á salir?

RAMIRO. Sí; pero volveré temprano.

MATIL. Esta mañana me has dicho que no saldrias... A donde vas?

RAMIRO. Voy al Prado á fumar un cigarro.

MATIL. Y te pones de guante blanco para fumar un cigarro!

RAMIRO. Es que tambien tengo que hacer algunas visitas.

MATIL. Que visitas?

RAMIRO. Cuando digo visitas, quiero decir vueltas...

MATIL. Que vueltas?

RAMIRO. Me parece, señora...

MATIL. No se incomode usted... es usted libre para ir á donde le de la gana. (Toca la campanilla.) No pretendo impedirte el paso. (A la criada.) Mi mantilla y el manton.

RAMIRO. Qué! Tambien sales?

MATIL. Sí.

RAMIRO. A donde vas?

MATIL. A donde tú vayas; te acompaño.

RAMIRO. Cómo! Me acompañas?

MATIL. Es mi deber. Capítulo de los esposos... «La mujer debe seguir al marido...»

RAMIRO. No es eso... interpretas mal...

MATIL. Te equivocas... lo interpreto perfectamente! Ah! ¿quieres hacerme observar la ley? Bueno: te daré gusto... la observaré. Sales... la ley me da derecho para seguirte... y te sigo.

RAMIRO. Pero esto es un absurdo! Voy á casa de mi sastre.

MATIL. Te ayudaré á escoger las telas.

RAMIRO. (Enfadado.) Voy al zapatero.

MATIL. Iremos juntos.

RAMIRO. A la peluquería...

MATIL. Que mas dá? yendo contigo... (Le quiere tomar el brazo.)

RAMIRO. Esto es demasiado!

MATIL. Dí y haz lo que quieras; pero no saldrás sin mí.

RAMIRO. Sin embargo, señora... mando que se quede usted: para eso tenemos el capítulo que dice: «La mujer debe obedecer al marido.»

MATIL. Pero tambien tenemos el otro que dice; la mujer debe seguir al marido á todas partes.

RAMIRO. Una vez que es eso... no saldré... (Mientras estés aquí.)

MATIL. Como quieras. Pero como podrás cambiar de idea cuando te quedes solo, tomaré mis precauciones: me llevo el gaban y el sombrero. (Tomando ambas cosas.)

RAMIRO. Permítame usted... (Levantándose.)

MATIL. Cuando quieras salir me avisarás.

RAMIRO. Matilde!...

MATIL. Lee la ley, hijo mio!... ¿Quieres que le ponga una señal? (Vase.)

ESCENA VI.

RAMIRO, *despues* SEBASTIAN.

RAMIRO. Estamos bien!... Sin gaban y sin sombrero! ¿Cómo salgo yo con levita en el mes de diciembre? ¡Y Ordoño que confía en mí?... Pobre muchacho! estará tranquilamente en la Iglesia!... Si él se figurase que en vez de estar en casa de la señorita Pamplina, estoy en este momento... (Dan las dos.) Las dos!... Pobre Ordoño! La bomba vá á estallar... y yo tendré la culpa! Si al menos tuviese un carrik y una gorra!... Oh! es fuerza... (Se pasea con agitacion.)

SEBAST. Tenga usted la bondad de prevenir á la señora... (Con el sombrero en la mano y gaban en el brazo.)

RAMIRO. Sebastian! Ah! el cielo le envía á usted! (Toma el gaban.)

SEBAST. No se tome usted la molestia... Su señora desea hablarme...
RAMIRO. Sí; ahora mismo. (Poniéndose el gaban.)
SEBAST. Cómo! mi gaban! (Admirado.)
RAMIRO. Se lo devolveré á usted... Si mi mujer le pregunta por mí dígale usted que estoy en mi despacho... Su sombrero... gracias! (Tomándole el sombrero.)
SEBAST. Pero, caballero!...
RAMIRO. Las dos!... amigo mio!... las dos!... (Vase corriendo.)

ESCENA VII.

SEBASTIAN, *despues* MATILDE.

SEBAST. Estará loco!... me escribe que venga á las dos... y es para quitarme el gaban y el sombrero!
MATIL. Hola! Sebastian!...
SEBAST. Señora...
MATIL. Calle! está usted solo?
SEBAST. Si; su esposo de usted ha salido...
MATIL. Ha salido!
SEBAST. Es decir... ha ido á su despacho.
MATIL. Debe estar de muy mal humor?
SEBAST. En efecto, le he encontrado... un poco... estravagante...
MATIL. Le he molestado á usted porque tengo que pedirle un favor.
SEBAST. Hable usted, señora: si es posible está hecho; si es imposible...
MATIL. Se hará... Oh! es bien poca cosa... al menos para usted; que para mí es de importancia.
SEBAST. De qué se trata?
MATIL. Me han dicho que es usted amigo del empresario de la Zarzuela.
SEBAST. Somos íntimos amigos... á pesar que aun no me ha puesto en escena una zarzuelilla que tiene hace mas de un año.
MATIL. Mañana tiene lugar la primera representacion de una en tres actos... y necesito absolutamente que me adquiera usted un palco.

SEBAST. Tal vez sea dificil.

MATIL. Sin eso, donde estaria el mérito? No pierda usted tiempo; tome usted el sombrero y corra usted á la Zarzuela...

SEBAST. Con mucho gusto, señora... estoy dispuesto á... Pero es que... (Demonio de Ramiro.)

MATIL. Vacila usted?... Tengo capricho de asistir á este estreno, y si no adquiero el palco me pondré mala, de seguro... (Con coquetería.) Y usted sabe que cuando estoy mala, cierro la puerta á mis amigos... hasta á los mas íntimos. Vamos, tome usted el sombrero y...

SEBAST. Eso quisiera yo, señora...

MATIL. Tráigame usted la contestacion enseguida.

SEBAST. Si, señora... si!...

MATIL. Y bien! donde está su gaban y su sombrero?... Creo que no habrá usted venido descubierto?

SEBAST. Seguramente... pero no los busque usted... aquí...

MATIL. Ah!... están en el recibimiento?... Voy á llamar.

SEBAST. Es inútil... Su marido de usted me los ha quitado.

MATIL. Mi marido!... Ha salido?

SEBAST. Corriendo... como un loco!

MATIL. Ah! traidor!

SEBAST. Volverá enseguida... Es un error sin duda..

MATIL. Oh! no, no; no es un error, es una magnífica traicion! Pero espere usted... tengo aquí su sombrero... su gaban... Es justo; una vez que él ha tomado los de usted...

SEBAST. Oh! señora...

MATIL. Ah! señor marido, usted me las pagará! (Vase.)

ESCENA VIII.

SEBASTIAN, *despues* RAMIRO.

SEBAST. Qué significa todo esto? ¡Maldito si lo comprendo!

RAMIRO. Verme obligado (Muy agitado y hablando consigo.) á volver!... El estuche se ha quedado en el bolsillo de mi gaban!... y las señas están dentro del estuche! Gracias! (Dándole el sombrero.) Imposible ir á casa de Mercedes... (Quitándose el gaban.)

SEBAST. Mercedes!... Conoce usted á Mercedes?
RAMIRO. Yo no; y usted?
SEBAST. Tampoco. (Sería singular!...)
RAMIRO. Las dos y cuarto!... (Paseándose con agitacion y mirando el reloj.)
SEBAST. Me voy... (Que se ha puesto su gaban.)
RAMIRO. Se vá usted?
SEBAST. Voy en un momento al teatro de la Zarzuela.
RAMIRO. Mi mujer tiene que hablar con usted.
SEBAST. Vuelvo. (Vase.)

ESCENA IX.

RAMIRO, *despues* MATILDE.

RAMIRO. Y el mentecato de Ordoño metido en la iglesia... tanto peor para él! Despues de todo, no es culpa mia... Porque se le ocurre engañar á su mujer?...
MATIL. Tome usted. (Con el gaban y el sombrero en la mano.) Aquí tiene usted el gaban y el sombrero.
RAMIRO. Gracias! (Volviéndose de pronto y queriéndolos tomar.)
MATIL. Ah! es usted, caballero? Tenga usted la bondad de decirme de donde viene usted. (Retirándolos.)
RAMIRO. Pero si no he salido... (Confuso.) Sabes perfectamente que yo no podia salir... puesto... (Intenta tomar el gaban.)
MATIL. No se canse usted.
RAMIRO. Déjame tomar el pañuelo... estoy resfriado. (Estornuda.)
MATIL. Ah! es el pañuelo lo que se te ha olvidado en el bolsillo?
RAMIRO. Sí, sí; y...
MATIL. Y esto! (Le enseña el estuche.)
RAMIRO. (Me aplastó!)
MATIL. Habla... que es esto?
RAMIRO. Toma!... eso... es un estuche!...
MATIL. Ya lo veo!... un estuche comprado en casa de Pizzala...
RAMIRO. Eso es... en casa de Pizzala.
MATIL. Y á quien estaba destinado?
RAMIRO. A quién?... Bah! es muy sencillo... (Ordoño comprará

otro). A quién quieres que que esté destinado sino á tí?

MATIL. A mí?

RAMIRO. Claro!... Ayer al pasar por la calle de la Montera me detuve un momento enfrente de los escaparates de Pizzala; se me ocurrió que la semana pasada habia hecho un buen negocio en la Bolsa...

MATIL. Buen negocio, y has perdido tres mil duros!...

RAMIRO. Pero como podia haber perdido mucho mas... naturalmente hice un buen negocio... y le compré.

MATIL. Desgraciadamente yo no me llamo Mercedes!

RAMIRO. Santa Tecla!

MATIL. No vivo en la calle del Arenal! Caballero... usted me engaña!

RAMIRO. Yo?...

MATIL. Semejante conducta es infame! (Se sienta y se enjuga los ojos.)

RAMIRO. Y llora!... (Se sienta á su lado.) Vamos, Matilde... gloria mia!...

MATIL. Déjeme usted!... Ahí tiene usted su gaban y su sombrero... puede usted ir cuando guste á casa de su Mercedes... llevarla el bracelete...

RAMIRO. (Vamos!... el tal Ordoño me ha puesto en una situacion deliciosa!)

MATIL. Con su mujer siempre grave : este es el mundo!

RAMIRO. No lo creas!... Todo te lo diré... Además no veo un motivo para que te lo oculte. Este brazalete... esta intriga... nada tienen que ver conmigo.

MATIL. Ah! de veras?

RAMIRO. Créeme! Acaso los abogados son capaces de engañar á sus mujeres? Conocen demasiado la ley: eso es bueno para los médicos como Ordoño.

MATIL. Conque es Ordoño?

RAMIRO. Sí... pero como él desea romper, y no quiere volver mas á casa de la joven, me pidió...

MATIL. Bravo!... Cada vez mejor!... No te basta engañarme, sino tambien calumniar á tu amigo!

RAMIRO. Te juro...

MATIL. El mejor de todos los hombres... el modelo de los maridos!

RAMIRO. El!... es cierto : ama á su mujer, pero eso no impide...
MATIL. Cállese usted!... no añada usted la bajeza á la infamia!
RAMIRO. Ah! esto ya es demasiado! Te aseguro... (Viendo á Carlota.) Su mujer!

ESCENA X.

LOS MISMOS, CARLOTA, ORDOÑO.

MATIL. Calle!... ya de vuelta? (Viéndolos.)
CARL. Sí; habia tanta gente que no he podido entrar.
ORDOÑO. Qué tal? (A Ramiro.)
RAMIRO. Hay grandes novedades. (A Ordoño.)
ORDOÑO. Bah!
RAMIRO. Imposible salir.
CARL. Dios mio!... tienes los ojos encarnados!... (A Matilde.) ¿Has llorado?
MATIL. Carlota... soy muy desgraciada!
ORDOÑO. Qué hay? (A Ramiro.)
RAMIRO. Que me voy á Tetuan!
CARL. Vamos, Matilde... sosiégate! Cuéntame... ¿qué hay?
MATIL. Que mi marido me engaña!
ORDOÑO. He?
CARL. Cómo?
MATIL. Tiene una querida!
CARL. Una querida!
ORDOÑO. Tú tambien?... Ah! hipocriton! (A Ramiro.)
RAMIRO. Quiá! hombre!
MATIL. Mira esta caja! (A Carlota.)
ORDOÑO. (Mi estuche!)
CARL. Qué hermosos diamantes!
MATIL. Son para ella... para la señorita Mercedes! (Llorando.)
ORDOÑO. (Mercedes!)
MATIL. Calle del Arenal, número...
ORDOÑO. Comprendo... (A Ramiro.) Pobre Ramiro! (Apretándole la mano.)
RAMIRO. No se trata de compadecerme, sino de justificarme. Vamos, justifícame!

Ordoño. Delante de mi mujer!... que cosas tienes! No reflexionas...

Ramiro. Canastos! No se debe poner á un hombre honrado en semejante posicion.

Carl. Oh! Ramiro... tener una mujer como Matilde, un angel, modelo de virtud, y engañarla!... No merece usted el tesoro que tiene!

Ramiro. Pero, señora... Justifícame! (A Ordoño.)

Ordoño. Imposible, amigo mio: delante de mi mujer...

Carl. Pobre Matilde!... (Sentándose junto á Matilde.) Ordoño, tú que eres un hombre de sanas costumbres, predica un poco de moral á tu amigo.

Ordoño. Ciertamente... ciertamente. Como, Ramiro... á tu edad!...

Ramiro. Me quieres dejar en paz! (Colérico.)

Matil. No... entablaré la demanda de divorcio!

Ramiro. }
Ordoño. } He?

Carl. Piensa en los escándalos de los tribunales... en las habladurías que promueven un divorcio... y en resumidas cuentas, porqué? por una falta... es cierto... pero una falta que se pueda reparar, olvidar... Vamos, Ramiro...

Ramiro. Señora...

Carl. Díganos usted... pero con franqueza: ¿ama usted á esa mujer?

Ramiro. Yo?... la aborrezco, (Con furia.) la detesto, la odio, no la puedo ver!...

Ordoño. Basta!

Ramiro. Déjame en paz! (A Ordoño.)

Carl. Jura usted no volvela á ver?

Ramiro. Pero si nunca he puesto los piés en su casa!...

Ordoño. Basta... es inútil que nos lo digas.

Ramiro. Me dejarás...

Carl. Nos promete usted no escribirla?

Ramiro. Puede usted estar segura...

Carl. Lo oyes? (A Matilde.) Vamos, dénse ustedes las manos... (Tomando las manos de Matilde y Ramiro.) y un abrazo! (Los une.) Vaya!

RAMIRO. Pobre mujercita (Abrazando á Matilde.) mia!... todo te lo diré...

MATIL. Sé bastante.

CARL. En cuanto á esta pulsera, si yo estuviese en tu lugar, haria...

MATIL. Qué harias?

CARL. La guardaría.

ORDOÑO. (Mi pulsera!)

MATIL. Quién, yo?... llevar una alhaja destinada para otra mujer!... Tengo demasiado orgullo.

RAMIRO. Tienes razon: te daré otra mas hermosa.

MATIL. Ha sido comprada para la señorita Mercedes... ella la usará... Solamente que no serás tú el encargado de llevársela. Dame la caja. (A Carlota.)

CARL. Qué haces?

MATIL. Ya verás. Ordoño!

ORDOÑO. Señora...

MATIL. Usted es un hombre razonable, un amigo leal, con quien se puede contar. ¿Quiere usted hacerme un favor?

ORDOÑO. Diga usted.

MATIL. Aquí está el nombre y las señas de esa joven: vaya usted enseguida á su casa.

ORDOÑO. Yo?

RAMIRO. Cómo! quieres?

CARL. Muy bien! es menester (A Ramiro.) que ella sepa que todo se ha concluido entre ustedes, y para ello es mejor que vaya un estraño. Yo tengo confianza en mi marido...

RAMIRO. Una vez que usted lo quiere, no tengo inconveniente.

MATIL. Le dará usted esta pulsera. Para esplicar su ausencia, le dirá usted... (A Ordoño.)

RAMIRO. Lo que quieras...

ORDOÑO. Qué has muerto?

RAMIRO. Hombre, eso no... son malas bromas!... Dile que he ido á Francia... á Italia...

ORDOÑO. A Roma?

MATIL. En fin, que yo lo sé todo, y que estoy decidida á impedir que mi marido vuelva á su casa.

CARL. Me alegro! Al fin ya estás tranquila... ya os habeis reconciliado, Ordoño?

ORDOÑO. Qué quieres?

CARL. Saldremos juntos: no te vayas á dejar prender por los hermosos ojos de esa beldad.

ORDOÑO. Ya sabes que puedes tener confianza en mí: yo no soy como Ramiro. Tunante!

RAMIRO. (Este animal se (Pegándole á Ramiro en la espalda.) está divirtiendo conmigo!)

ESCENA XI.

RAMIRO, MATILDE.

RAMIRO. (Abrazándola.) Todo te lo contaré.

MATIL. Yo he perdonado... pero no olvido.

RAMIRO. Cómo! todavia crees?... Ahora que ya se han ido, te repito que nada tengo que ver con esta intriga: es Ordoño.

MATIL. Volvemos á las andadas? Si no te creo una palabra de todos esos embustes?

RAMIRO. Embustes!

MATIL. Me has engañado... está bien! Solamente te advierto que desde hoy me considero libre de compromiso para contigo.

RAMIRO. Cómo!

MATIL. Tú me has dado el ejemplo de desobediencia, y me aprovecharé de él. Iré á donde mejor me plazca, haré mi santa voluntad. Y yo que he sido tan tonta que he escuchado sus consejos de economía... á punto de privarme de todo!... Te prevengo que desde hoy tendré vestidos de terciopelo... manteletas de encaje... compraré alhajas, sortijas, pulseras, pendientes...

RAMIRO. Me quieres arruinar?

MATIL. No te arruinas con tus queridas!

RAMIRO. Mis queridas!... Por vida de Belcebú! (Tira una silla.)

MATIL. Bravo!... Caballero!... incomódese usted... pégueme usted en seguida!...

RAMIRO. Por Dios, Matilde!

MATIL. Oh! es usted muy capaz de hacerlo. Se comienza por engañar á la mujer, y despues se la pega... Vamos, pégueme usted!...

RAMIRO. Esto yo pasa de castaño oscuro!

MATIL. Pero no esperaré á que llegue usted á ese estremo: aún hay escribanos, abogados y jueces... A donde vá usted? (Ramiro se pone el gaban.)

RAMIRO. A tomar el aire.

MATIL. Yo seguiré á usted... Capítulo... (Poniéndose la mantilla.)

RAMIRO. Aún mas!

MATIL. Qué!... te has figurado que ahora que conozco tus mañas te voy á dejar salir solo como antes... andar de aventuras?...

RAMIRO. Qué aventuras ni!... Cuando te digo que es Ordoño.

MATIL. No... ahora conozco mis derechos... he leido la ley... Te seguiré á todas partes.

RAMIRO. Eso lo veremos!

MATIL. Lo verás... Estoy dentro de la ley. Sal...

RAMIRO. Claro que saldré... una vez que me quieres seguir...

MATIL. Sal... sal...

ESCENA XII.

LOS MISMOS, SEBASTIAN.

SEBAST. Aquí tiene usted lo que deseaba... (Dando un papel de color á Matilde). He sido muy feliz en poder...

MATIL. Gracias, Sebastian, gracias! (Viendo que Ramiro se ha marchado.) Oh! no te me escaparás... no te me escaparás! (Vase corriendo.)

ESCENA XIII.

SEBASTIAN.

Qué significa esto? (Desconcertado.) Esta mañana el marido que se largó llevándome el gaban y el sombrero...

ahora la mujer que se escapa con el billete del palco!... Positivamente pasa algo en este matrimonio. Quizá sea una buena ocasion... (*Mientras ha estado hablando se ha sentado y ha cogido maquinalmente el baston que Ordoño se ha dejado sobre la mesa, con el que ha estado jugando. De pronto fija la atencion.*) Calle! es mi baston!... Que singular viaje ha hecho!... Le olvidé antes de ayer en casa de Mercedes!... y le encuentro aquí... Es gracioso! (*Levantándose.*)

ESCENA XIV.

SEBASTIAN, CARLOTA.

CARL. Hola! Sebastian! está usted solo?

SEBAST. Sí, señora... Cuando he venido estaban aquí Ramiro y su señora; pero no sé lo que habrá sucedido que se ha marchado en un estado de agitacion...

CARL. Ya caigo: consecuencias del disgusto que han tenido.

SEBAST. Qué disgusto?

CARL. Un escándalo que ha habido esta mañana. Afortunadamente estaba yo aquí y he podido arreglarlo. Quiere usted creer que Ramiro, á su edad y en su posicion, se permite tener una querida!

SEBAST. Quia!

CARL. Lo estraña usted? ya lo creo: pues es la verdad. La pobre Matilde está inconsolable! Una supuesta discípula del Conservatorio... una tal Mercedes...

SEBAST. Mercedes!

CARL. La conoce usted?

SEBAST. Esto es divino!... tiene mucha gracia!... Ya me esplico el viaje de mi baston.

CARL. El viaje de su baston!

SEBAST. Sí... que cosa tan deliciosa! Figúrese usted que últimamente tuve ocasion de ir á casa de esa señorita...

CARL. Ah! de veras?

SEBAST. Para suplicarla que cantase en un concierto... un beneficio para los pobres...

CARL. Oh! usted es soltero: tiene usted el derecho de ir á suplicar á las cantantes... que canten!

SEBAST. Me he dejado el baston en su casa por olvido; he vuelto y me ha sido imposible volver á verla. Ya habia llorado la pérdida de mi báculo, cuando hace un momento... aquí mismo... lo veo... allí... sobre la mesa.

CARL. Cómo!

SEBAST. Habrá habido cambio con el de Ramiro, y él mismo me lo trae. Ja, ja! (Riendo.) Este es!...

CARL. Es singular!... (Riéndose.) Chist... su mujer! (Viéndola.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, MATILDE.

MATIL. Es una infamia! un horror!... Pero esta por lo menos me la pagará!

CARL. Que mas hay?

MATIL. Hay que mi señor marido acaba de jugarme una accion indigna!... Hace poco ha querido salir: como me temia alguna nueva traicion, le dije que no saldria sin mí. Esto le ha sabido mal... pero en fin hemos salido. Apenas llegamos á la calle de Alcalá entra en el café del Iris, so pretesto de encender un cigarro; le espero frente á la puerta... y nada; miro... y nadie; pregunto, y supe que mi señor esposo se habia escurrido por la Carrera de San Gerónimo. Oh!... le corria prisa volver á casa de esa mujer!

CARL. Que idea!

MATIL. Me es igual... solamente que me vengaré!

CARL. Matilde!

MATIL. Y para empezar... Sebastian, me quiere usted hacer un nuevo favor?

SEBAST. Diga usted, señora.

MATIL. Tenga usted la bondad de ir á casa de Pizzala para que me mande una pulsera exactamente igual á la que ha vendido á mi marido.

CARL. Como!... quieres?...

MATIL. Tener alhajas. Tendria que ver qne mi marido negase á su mujer lo que dá á sus queridas! (A Sebastian.) No es esto solo; al venir he dado orden de poner el carruaje: iremos á la fuente Castellana. Usted nos acompañará?

SEBAST. Con mucho gusto.

MATIL. Le doy las gracias por el palco... y espero que mañana se digne usted aceptar un asiento á nuestro lado.

SEBAST. Es usted muy amable. (Mis negocios van viento en popa!)

MATIL. Vamos. Le esperamos á usted.

SEBAST. Voy corriendo. (Vase.)

ESCENA XVI.

LAS MISMAS, *despues* RAMIRO.

CARL. Qué es esto? Te has vuelto loca?... Te vas á comprometer.

MATIL. Me es igual!... mi señor marido me ha engañado...

RAMIRO. Já, já, já! Ya has vuelto. (Alegre.) Ya sabia yo que te fastidiarias de esperarme. (A Matilde.) Con que quieres seguirme? (Matilde le vuelve la espalda.) Sígueme, sígueme.

CARL. Sabe usted, Ramiro, que lo que usted hace está muy mal hecho? Abandonar á su mujer en medio de la calle de Alcalá!...

RAMIRO. Por los principios, señora, por los principios. Yo no admito que por una falsa interpretacion de la ley, una mujer se arrogue el derecho de seguir á su marido á todas partes.

MATIL. Sobre todo cuando el marido desea ir á la calle del Arenal.

RAMIRO. Yo!... á la calle del Arenal!... He dado mil vueltas al rededor del café del Iris, como un caballo del circo de Price...

MATIL. Ahora ya puede usted ir cuantas veces quiera, que yo no se lo impediré.

RAMIRO. Te repito que es Ordoño...

CARL. He?... que es Ordoño?

RAMIRO. (Sopla! Delante de su mujer!) Nada, nada... pregunto donde está Ordoño.

CARL. Malo! Ramiro; se ha metido usted en mal berengenal.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, ORDOÑO.

ORDOÑO. Héme aquí. Ya todo está terminado. (Risueño.)

RAMIRO. Ordoño!... El diablo te lleve!

CARL. Y bien?

ORDOÑO. La persona en cuestion no estaba en casa. La he dejado el estuche... con una carta... muy estensa... en la que le decía...

CARL. Que todo se habia acabado.

ORDOÑO. Eso es.

CARL. Ya estás contenta?

MATIL. Me importa poco: él puede hacer todo lo que guste. Ya he tomado mi partido: yo me reputo libre, como él tambien lo es.

RAMIRO. Pero, señora...

MATIL. Y qué? (Viendo á Sebastian.)

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, SEBASTIAN.

SEBAST. He desempeñado su comision: vengo de casa de Pizzala, que por cierto se quedó bastante confuso: no sabe lo que usted quiere decir.

MATIL. No se lo ha esplicado usted?

SEBAST. Dice que desde el último aderezo no ha vuelto á vender nada á su marido de usted.

MATIL. Cómo?

RAMIRO. Qué significa?...

SEBAST. La única pulsera que ha salido de su casa desde ayer, fué vendida á Ordoño.

CARL. A mi marido?
SEBAST. Sí, señora.
ORDOÑO. (Ay! ay!)
CARL. Cómo! esta pulsera... eres tú?...
ORDOÑO. Vamos... sosiégate!
CARL. Pero esplícame...
ORDOÑO. No hay nada mas fácil: te diré. Fué Ramiro...
RAMIRO. Yo?
ORDOÑO. Cállate! (A Ramiro.) Ramiro, que desconfiando de su gusto, me pidió que se la escogiese...
RAMIRO. Permíteme... (A Ordoño.)
ORDOÑO. Delante de mi mujer? (A Ramiro.)
RAMIRO. Y de la mia... Además hay un joven...
ORDOÑO. Bien... no hablemos mas de eso.
MATIL. (Es singular!)
ORDOÑO. Con que le han dicho á usted... (A Sebastian.) Varíe usted la conversacion. (Bajo.)
SEBAST. Que varíe... Hace un hermoso dia... y si me quieren ustedes creer...
ORDOÑO. Venga mi baston. (Apoderándose del baston de Sebastian.)
CARL. Tu baston? Ese baston es tuyo?
ORDOÑO. Claro!... me lo han regalado... es decir... lo he comprado hace tres dias...
CARL. Matilde, dame un abrazo.
MATIL. (Qué le ha dado?)
CARL. Ramiro, su mano.
RAMIRO. Con mucho gusto.
CARL. Desde esta mañana que se deja usted calumniar... y todo por evitarme un disgusto... un dolor... Mil gracias! Tiene usted un corazon noble!
MATIL. Qué dice?
CARL. Que la casualidad acaba de hacerme saber lo que trataban de ocultarme. En efecto, aquí hay una mujer engañada... pero esa mujer... soy yo!
MATIL. Tú!
SEBAST. (Acabaremos hoy?)
RAMIRO. Dí algo. (A Ordoño.)
ORDOÑO. Carlota!...

CARL. Basta, caballero!... Es usted el que ha comprado la pulsera... Hace tres dias que Sebastian dejó olvidado este baston en casa de la señorita Mercedes.

RAMIRO. Qué! Tambien él conoce á Mercedes?

ORDOÑO. Carlota... puedes creer?...

CARL. Se justificará usted en los tribunales.

TODOS. Una separacion!

CARL. Estoy resuelta!

MATIL. Piensa en el escándalo de los tribunales... en las habladurías que promueven un divorcio; y todo en resumidas cuentas, ¿por qué? Por una falta... es cierto... pero una falta que se puede reparar... olvidar... Oh! son tus propias palabras! .. Vamos, dénse ustedes las manos: un abrazo!... Vamos.

ORDOÑO. Carlota!... (Abrazándola.)

RAMIRO. (Parece un raton caido en la ratonera.)

SEBAST. Señores, la tempestad ha pasado. Vamos á la fuente Castellana?

MATIL. No, Sebastian; salimos en efecto, pero es para Andalucía.

TODOS. Cómo?

MATIL. Un viaje á cuatro.

CARL. En efecto; creo que mi marido necesita cambiar de aires.

ORDOÑO. Me parece que sí.

MATIL. Quieres, Ramiro?

RAMIRO. Una vez que es de tu gusto... (y por causa del maldito joven.)

SEBAST. (Que lástima!... Pero al fin he recobrado mi baston.)

CRIADA. Cuando ustedes gusten...

MATIL. A la mesa, señores: síganme ustedes.

RAMIRO. Tiene razon; el marido debe seguir á la mujer.

MATIL. Sígueme, pues.

RAMIRO. A donde vas?

MATIL. A pedir...

RAMIRO. No pidas nada.

MATIL. Necesito una palmada.

RAMIRO. Una?... pues no le deis mas.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.